

II

Reseña sintética de la poesía colombiana

Cronológicamente, el primer poeta apreciable con que cuenta el país es Hernando Domínguez Camargo, nacido en Turmequé (Cundinamarca) a comienzos del siglo XVI y muerto allí mismo en 1659. Es un autor de un poema en honor de San Ignacio de Loyola, y de varios romances, así como de algunas páginas en prosa, de carácter polémico. Con ocasión del centenario de Góngora fue estudiada en España, y aquí, la obra de Domínguez Camargo, que había estado medio relegada al olvido. Estos estudios hicieron aparecer a nuestro poeta bajo una luz distinta, pues antiguamente se le tenía como enigmático e indescifrable. No hay nada de esto sino que es necesario buscar el pensamiento del poeta a través de las intrincadas metáforas y alegorías con que lo encubre, a la manera de Góngora. Frecuentemente, como acontece con el poeta cordobés, resulta que este pensamiento es una trivialidad biográfica o anecdótica, o un lugar común descriptivo; pero como el barroquismo literario reside en la expresión, únicamente, es preciso buscar allí, y solamente allí, el mérito de poetas como Domínguez Camargo. En este sentido, el autor del poema sobre San Ignacio de Loyola es un ingenio digno de ponerse al lado de su maestro, el poeta de las "Soledades". Nadie lo imitó con tanta conciencia y conocimiento, apropiándose no solamente la técnica exterior sino la íntima elaboración del pensamiento. Algunos versos de Domínguez Camargo son concreciones diamantinas de belleza poética. Parecen cristales milenarios formados en los socavones del idioma.

* * *

Luis Vargas Tejada, que aparece en la aurora de nuestra nacionalidad, pocos años antes de la muerte del Libertador, fue un temperamento de revolucionario, pues formó parte del grupo que atentó contra la vida de Bolívar, en 1828; pero, desde el punto de vista literario, fue un espíritu timorato, formado en la escuela seudoclásica del siglo XVIII, bajo la férula de Boileau, el célebre legislador del Parnaso. Sus versos, por lo tanto, son de una apacible mediocridad lírica, aunque muy bien compuestos y atildados. También cultivó el teatro histórico, aprovechando algunas leyendas indígenas, pero incurrió en los mismos defectos de escuela, pues hubo de someterse, entre otras cosas, a la ley de las tres unidades, tiranizando su imaginación. Hay mayor libertad en su comedia costumbrista titulada "Las Convulsiones", muy graciosa, y también se advierte pasión en sus versos políticos, fruto de su resentimiento contra Bolívar. Vargas Tejada, dentro de las circunstancias calamitosas de su juventud, pues le tocó vivir la época llamada "del terror", logró adquirir una sólida instrucción. Las pasiones políticas y la escuela seudoclásica frustraron una inteligencia generosa, admirablemente dotada. Murió ahogado en uno de los ríos de nuestros llanos orientales, cuando huía de las persecuciones que desató la actitud de los conjurados contra Bolívar.

* * *

Hacia 1817 se perfila un grupo de poetas a quienes se considera como patriarcas de la literatura colombiana. Son José Eusebio Caro, muerto apenas traspasados los treinta años de edad. Julio Arboleda, desaparecido trágicamente en la montaña de Berruecos, hacia 1863, y José Joaquín Ortiz, que murió octogenario, y cuya vida discurrió sin las agitaciones de que fueron víctimas sus compañeros, antes nombrados. Estos tres poetas, nacidos en una época de transición, cuando expiraba el seudoclasicismo y comenzaban a respirarse los primeros aires románticos, que más tarde engendrarían la tempestad literaria más grave de los tiempos modernos, son muy clásicos en cuanto a la forma, pero el sentimiento y la pasión que animan sus versos son de pura extracción romántica.

José Eusebio Caro fue poeta, filósofo y, en cierta manera, hombre de ciencia, a causa de sus estudios sobre la naturaleza, que dejó incompletos, como casi todo cuanto emprendió este hombre enriquecido con cualidades extraordinarias y aparentemente contradictorias, pues corrieron parejas su inteligencia especula-

tiva y su potencia lírica. Fue hombre apasionado y reflexivo, y su poesía participa de estos dos atributos. Sus poemas enfocan, desde el punto de vista trascendental, grandes problemas humanos, pero sabe revestir la expresión de imágenes vivas y atrevidas, que le quitan a su poesía todo aire de abstracción mental. Si el fondo de su pensamiento puede pecar de frío, la expresión es siempre cálida y apasionada.

* * *

Julio Arboleda, hijo del Cauca, realizó el tipo del poeta caballeresco, según la moda romántica. Las tormentas políticas del trópico monopolizaron la mayor parte de sus energías espirituales, que eran grandes y que se bifurcaban en el sentido de la acción y del pensamiento. Fue extraordinario como forjador de hechos y como pensador político. La más rigurosa unidad de ideas, de conciencia, de actividad práctica y de intenciones estéticas selló indeleblemente su personalidad. Escribió páginas de controversia política, versos de intención social, de valor explosivo para su época, poesías amorosas, de escaso valor artístico, y un ensayo de narración épica, titulado "Gonzalo de Oyón" donde aprovechó algunas leyendas indígenas para desarrollar una especie de filosofía de la conquista. En este poema, que llegó fragmentario hasta nosotros, pues Arboleda perdió los originales en varias ocasiones y tuvo que hacer sucesivas reconstrucciones, son notables las partes descriptivas, sobre todo las relacionadas con el Valle de Popayán, y algunos episodios de enorme fuerza dramática, que revelan en el autor mayores capacidades para la escena que para la épica.

* * *

José Joaquín Ortiz, varón respetable en todo sentido, por su obra y por su vida, ambas dedicadas a la educación de la juventud, ha pasado a la historia como el cantor de la patria, y, en efecto, así es. Tenía entonación robusta, que linda muchas veces con la oratoria, como puede verse leyendo su poema a la Bandera Colombiana, y sentía profundamente los temas nacionales, sobre todo los relacionados con la vida y las hazañas de Bolívar, de quien Ortiz conservó siempre un recuerdo emocionado, pues el Libertador lo sentaba en sus rodillas. Pero no fue solo el poeta de estro patriótico. En otras poesías ensaya temas íntimos o relacionados con la naturaleza, y entonces logra efectos de emoción muy sinceros. Ortiz, como todos los hombres de

su generación, fue apasionado de Chateaubriand a quien imita, sin renunciar a su propia personalidad.

* * *

Los historiadores de la literatura colombiana llaman *segunda generación romántica* a la compuesta por Rafael Núñez, Rafael Pombo y Jorge Isaacs, románticos puros, ya que recibieron directamente los influjos de esta escuela. Sin embargo, justo es reconocer que nuestro romanticismo tuvo caracteres propios, como fue, entre otros, el sentimiento de la naturaleza, que acaso no se encuentre tan definido ni tan puro sino en los románticos ingleses llamados "lakistas". Nuestro romanticismo fue "samo" para emplear el término con que Goethe se refería al clasicismo, es decir, no tuvo fermentos malsanos. Solo en sus últimos años, con Julio Flórez, exageró a nota fúnebre y cayó en lo macabro.

Rafael Núñez, nacido en Cartagena en 1825 y muerto en la misma ciudad en 1894, fue personaje de vigorosa personalidad, que realizó en Colombia la mayor transformación política de todos los tiempos. Fue presidente de la república, y escribió sobre temas de administración pública, de economía, de moneda, de derecho, y, en general, de política, en varios periódicos de que fue fundador o director. Su estilo en prosa es enérgico. Gusta de las fórmulas sobrias, que ponen de relieve el pensamiento. Como todos los hombres de su generación, aquí y en Europa, Núñez escribió versos para dar evasión a las múltiples perplejidades de su espíritu. Pero no supo desprenderse del lastre prosaico que arrastran ciertos temas científicos o filosóficos. En los versos de Núñez prevalece la especulación, y muchos de ellos podrían reducirse a una exposición para la cátedra. Cuando acierta con una expresión poética, acierta plenamente. Como poeta del amor escribió versos que fueron muy populares en Colombia, a fines del siglo pasado; pero los perdió su misma espontaneidad y descuido.

* * *

Rafael Pombo, nacido en Bogotá en 1833 y muerto en la misma ciudad a los ochenta y tres años de edad, es el poeta más completo que ha tenido el país. Al mismo tiempo, el más alto, por su inspiración. Pulsó todas las cuerdas de la lira. Algunos de sus cantos pudieron ser firmados por Víctor Hugo o por Byron. A una imaginación poderosa juntó una rica sensibilidad y un alto y hondo pensar, de manera que es el poeta completo. Su

entonación lírica no fue superada en hispanoamérica, ni siquiera en España, durante la época romántica. Dios, la naturaleza, la mujer, todo ello unido en el vértice de su inspiración, fueron los temas centrales de su lírica. Logró crear no solo versos hermosos sino expresiones poéticas en que el idioma concentra toda su virtualidad estética. Sin ser un poeta metafísico, como, por algunos aspectos lo es José Eusebio Caro, Pombo nos hace respirar una atmósfera de más allá, y logra que nos rindamos ante el misterio del universo. Todo esto puede advertirse leyendo sus poemas "Hora de Tinieblas", "Noche de Diciembre", "Decíamos ayer", "Todavía", "Elvira Tracy", "Preludio de Primavera", "De noche" etc.

* * *

Jorge Isaacs nació en Cali, en 1837 y murió en Ibagué, en 1895. Su aparición en el escenario de las letras colombianas fue fulminante, pues se hizo célebre, de la noche a la mañana, después de haber leído sus poemas en la tertulia de "El Mosaico", fundada por José María Vergara y Vergara. En los poemas de Isaacs es visible la influencia de su Valle natal, y los recuerdos de su niñez, así como reminiscencias de nuestras luchas civiles. Estas últimas le dieron tema para componer romances nacionales llenos de sabor y animados de auténtico realismo. El poeta, de origen judío, tuvo un alma de perpetuo desterrado. Sus poemas son apenas el contacto con seres y cosas de los cuales parecía despedirse a cada momento. El sentimiento de la nostalgia fue la constante anticipación de su muerte. Su novela "María", publicada algunos años después de sus versos, lo confirmó como el autor más popular de estos países del Sur, y el más identificado con las ideas románticas de su tiempo. "María" es un idilio inmortal, y debe esta inmortalidad a la exquisita poesía de que está cargado. Es como esas flores del trópico, a las cuales parece agobiar su propio perfume.

* * *

Un poco anterior en el tiempo fue Gregorio Gutiérrez González, nacido en La Ceja (Antioquia) en 1826, y muerto en Medellín en 1872. Romántico por temperamento, fue el poeta del amor conyugal, que expresó en estrofas profundamente cadenciosas. Su temperamento delicado no le permitió incurrir en ninguna de las exageraciones de la escuela, y, a pesar de que todo lo sentía profundamente, su corazón se expande en ternuras más que en arrebatos. Pero lo curioso de este poeta es su evolución

repentina hacia la poesía realista, de pura esencia autóctona, en su poema titulado "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia", que es lo más original que se ha escrito en América, como expresión del regionalismo pintoresco. Refiérese allí Gutiérrez González a la siembra y aprovechamiento del grano que alimenta a la mayor parte de las familias americanas, y lo hace con audacia libertad de gran pintor al fresco, abocetando figuras y paisajes con verdad que raya, a veces, en lo vulgar y prosaico. Ese poema es el canto épico de toda una raza, tan apegada a su terruño como tenaz en sus costumbres. No hay en esos versos ni rastro de influencia extraña. Es la creación más original de un ingenio sin mayor cultivo, pero esencialmente vinculado a su tierra por el cariño y la costumbre.

* * *

Una de las figuras más originales de la literatura colombiana es la de Diego Fallon, nacido en Bogotá en 1834 y muerto, en la misma ciudad, en 1906. La producción poética de Fallon es escasa, pero la calidad suple a la escasés. Fallon fue matemático, ingeniero graduado en Inglaterra, músico notable y muy ingenioso hablador. Su gracia, según sus contemporáneos, era inagotable. "A la Luna", su mejor poesía, es, también, una de las creaciones líricas más altas del idioma. La primera parte es descriptiva, pero en la segunda, como si el poeta hubiese sido súbitamente arrebatado a las alturas, nos ofrece perspectivas sobrenaturales. La forma, muy pulcra y esmerada de este poema, lo coloca como precursor de la manera parnasiana.

* * *

Hacia 1886 se publicó "La Lira Nueva" colección de poesías de una generación que hacía su entrada en el campo de las letras. Los poetas allí agrupados fueron de muy desigual mérito, y algunos de ellos no han sobrevivido al tiempo. Otros perduran. Dos poetas españoles dejaron sentir su influencia sobre estos escritores y fueron Núñez de Arce y Gustavo Adolfo Bécquer. Los partidarios del primero eran poetas que pretendían tener cierta misión social, y se consideraban, a sí mismos, como voceros de la humanidad doliente y combatiente. Los otros no salían del ámbito subjetivo, y apenas insinuaban su personalidad por medio de músicas sugeridoras. Eran, en cierto modo, precursores del simbolismo.

* * *

Una de las más recias personalidades de ese grupo fue la de José Joaquín Casas, muerto hace algunos años en Bogotá, y considerado generalmente como el poeta más auténticamente colombiano que hemos tenido. Y no es que Casas hubiese cultivado de propósito el criollismo, pues su arte, no obstante sus raíces autóctonas, es culto, mejor diríamos, clásico. Pero esto no impide que Casas posea y trasmita a sus lectores una emoción de tierra y de paisaje colombianos, tan auténtica, que leyéndolo respiramos, literalmente, el aire de la patria. En otras ocasiones, y son las más frecuentes, desciende francamente a lo típico y folclórico de la raza y del medio ambiente, y entonces traza cuadros de gracia y de humor realmente inimitables. Tiene el don de la caricatura verbal. Sus esbozos de personajes raros y de situaciones pintorescas valen por los mejores cuadros de costumbres. Debajo de toda esa gracia, alientan el crítico y el moralista que, por medio de la risa, pone de presente los defectos humanos y exhibe lo que hay de ridículo en personajes y situaciones.

* * *

José María Rivas Groot escribió un poema titulado "Constelaciones" poema solemne y melancólico, de indudable grandeza en cuanto a la concepción, y realizado con insuperable maestría formal. Allí agotó su inspiración, pues las otras poesías, debidas a su pluma, son inferiores. Como teórico del verso y como crítico dejó páginas que fueron famosas en su época, pues asumió valientemente el papel de apóstol de cierto género de poesía social, medio filosófica y medio científica, que en Colombia tuvo notables cultivadores, a partir de Caro y de Núñez. Rivas Groot quería que la poesía fuese un instrumento de combate, puesto al servicio de las reivindicaciones humanas, y le declaraba la guerra a la poesía erótica o simplemente sentimental, como indigna de poetas viriles. Eso mismo se predicaba en España y en casi toda Europa, de modo que las amonestaciones de nuestro compatriota eran eco de aquellas campañas. Además, allí estaba el ejemplo de Núñez de Arce quien, por aquellos días, era considerado como el primer poeta español de todos los tiempos.

* * *

Carlos Arturo Torres nació en Santa Rosa de Viterbo (Boyacá) en 1867 y murió en Caracas, cuando ejercía el cargo de Embajador de Colombia, en 1911. Este poeta realizó plenamente el ideal estético propuesto por Rivas Groot. Sus poemas pertene-

cen a la poesía que pudiéramos llamar militante. Habiendo llegado a la madurez de la edad en pleno auge del modernismo, y habiendo escrito páginas sagaces sobre este movimiento, que captó en la complejidad de sus corrientes europeas, Carlos Arturo Torres se mantuvo fiel a la escuela de la poesía social, sin que lo hubiese preocupado, poco ni mucho, el acicalamiento verbal de las estrofas. Sus versos son versos de ideas, estrofas en que compromete sus pasiones de hombre civil, enamorado de la libertad de todas sus manifestaciones, y muy atento a la evolución científica y filosófica de los pueblos. Su obra capital, que es el poema titulado "En la Abadía de Westminster", es una meditación "spenceriana" sobre la evolución de las ideas y de los sistemas, que contiene estrofas de gran belleza plástica, en medio de inevitables prosaísmos y caídas de tono, ocasionados por la rudeza científica del tema mismo. De acuerdo con su teoría de la poesía trascendental, tradujo admirablemente a algunos poetas simbolistas franceses, como Alfredo de Vigny, con quien tenía más de un punto de contacto.

* * *

Ismael Enrique Arciniegas nació en Curití (Santander del Sur) en 1865, y murió en Bogotá, en 1938. Fue un romántico atemperado por el modernismo. En su tiempo, algunas de sus poesías alcanzaron enorme popularidad. Eran fáciles y sentimentales. Más tarde, y en contacto con la escuela modernista, a cuyos poetas tradujo con exactitud, su arte fue depurándose y alcanzó la plenitud de expresión en poemas como "El poeta mira al parque" que, si bien recuerda la "Canción de otoño en primavera" de Darío, tiene evento propio y expresa la melancolía del hombre viejo que dice adiós a la juventud y a las mujeres. En los últimos años de su vida Arciniegas tradujo a Horacio, poniendo en lengua moderna las odas del poeta latino.

* * *

Hacia 1888 se operó en las letras castellanas una renovación radical, tanto en prosa como en verso, gracias al genio de Rubén Darío. Dicho movimiento se llamó, muy vagamente, modernismo, y aquí, en Colombia, tuvo un precursor de genio, que habría llevado adelante, él solo, la revolución acaudillada por Darío, si no hubiese muerto a los treinta años, después de una vida agitada y amarga. Ese precursor fue José Asunción Silva, nacido en Bogotá en 1865 y muerto en la misma ciudad en 1896.

Fue un tipo raro en el medio social en que le tocó vivir, raro por sus gustos personales, por sus manías suntuarias, por sus aficiones literarias. Todo esto le concitó la antipatía social, en una ciudad medio santaferña, muy rutinaria en sus costumbres. Silva se quitó la vida por su propia mano, sin duda pensando en el verso de D'Annunzio: "¿Por qué no podremos conformar nuestra existencia con nuestro sueño?".

Dejó una novela titulada "De Sobremesa" importantísima para estudiar, no solo la mentalidad del autor sino la evolución de la prosa modernista en Colombia, y un "Libro de Versos", casi inédito, donde estaban escritos, de puño y letra del poeta, los poemas que el público conoció después. Aseguró Silva que, en el naufragio del barco francés en que regresaba de Caracas a Colombia, naufragio ocurrido ante las costas de este país, perdió los originales de varias obras, entre ellas los llamados "Cuentos Negros" que su autor estimaba mucho y que algunos de sus amigos de Bogotá conocían. Escribió Silva poemas sugerentes y amargos, rimas sencillas y estrofas complicadas, versos intrascendentes y poemas de alto alcance desde el punto de vista filosófico. Pero su obra capital es el "Nocturno", de donde arranca la renovación métrica que trajo el modernismo. Ese poema es un milagro musical. Nunca, en castellano, la palabra había logrado tal poder de evocación. El "Nocturno" de Silva es un momento decisivo en la evolución del idioma, y explica las orquestaciones de Darío.

* * *

El modernismo encontró su cabal expresión en la obra de Guillermo Valencia, nacido en Popayán, en 1867, y muerto, en la misma ciudad, en 1943. No publicó más que un libro de juventud, llamado "Ritos" donde se encuentra lo fundamental de su obra. Admira, a primera vista, que este manual de refinamientos verbales hubiese florecido en el mismo ambiente en que se difundían las improvisaciones de "La Gruta Simbólica", y fuese obra de un joven, recién salido de su provincia, y sin mayor noticia de los libros. Pero Valencia absorbió y asimiló rápidamente las nuevas ideas literarias que propagaba y explicaba en la capital de la república un gran iniciado como era Baldomero Sanín Cano, teórico y crítico del modernismo. El arte de Valencia es limitado, pero perfecto. Sus poemas, más que ámbito universal, como los de Darío, tienen ámbito histórico. La mayor parte de ellos son adaptaciones y configuraciones admirables de gran-

des temas propios de la cultura humana. Su imaginación recorre todas las épocas del mundo, y de cada una de ellas toma aquellos elementos que pueden dar origen a una creación literaria, llena de fuerza y de contrastes. En el fondo, es un erudito sofocado por un artista de calidad superior. No fue parnasiano puro sino en contadas ocasiones, pues en otras la forma parnasiana está sujeta a la expresión o exposición de graves temas históricos, o de tesis más o menos doctrinarias. Tradujo Valencia a los simbolistas alemanes de fines del siglo pasado, y estas traducciones, hechas con libertad y destreza, constituyen una de las partes más exquisitas de "Ritos".

* * *

Al lado de Valencia, aunque en plano inferior, es necesario colocar a Víctor M. Londoño, nacido en Vianí (Cundinamarca) en 1886, y muerto en Bogotá, en 1936. Está muy cerca del autor de "Ritos" en cuanto a la expresión verbal, que es alabastrina, pero dista de él en cuanto que es una sensibilidad moderna, que apela a su experiencia para darnos fugaces y delicadas sensaciones de las cosas. Como en los cuadros de Carriere, en los poemas de Londoño todo aparece delicadamente esfumado. Cultivó, principalmente, la poesía elegíaca, con sentido moderno, y sus cantos en la muerte de Silva, de Isaacs y de Juan Antonio Maya, son de una sencillez doliente, que evoca las estelas fúnebres de Atenas.

* * *

Hacia 1910 aparece en Colombia la llamada "Generación del Centenario", compuesta, en su mayor parte, por políticos en cuyas manos se halla todavía la suerte de la República. Fue una generación rica en hombres de las más diversas aptitudes y estudios, pues produjo periodistas, historiadores, sociólogos, pedagogos, letrados y hombres de Estado. Los llamados "Centenaristas" le dieron al país una conciencia nacional. En el campo de la literatura puede ofrecer esa generación ejemplares dignos de encomio y admiración.

* * *

José Eustacio Rivera, nacido en Neiva, en 1889, y muerto en New York en 1928, dejó una colección de sonetos titulada "Tierra de Promisión" que, en los días de su publicación, alcanzaron éxito clamoroso. Había razón para ello, pues ese tipo de poesía

era desconocido en Colombia. Es cierto que se había cantado a la naturaleza, pero en términos demasiado generales, y es cierto que los parnasianos habían alcanzado la más alta perfección del verso, pero explotando temas principalmente históricos. Juntar un nuevo sentido de la naturaleza, no vago ni fantástico, sino concreto y muy personal, con esa perfección idiomática ya dicha, fue la novedad que trajo Rivera a la poesía colombiana. Trajo, además, una increíble condensación de lenguaje para expresar emociones fuertes, y trajo, también, un gran poder sintético en la expresión de esas emociones, de manera que un verso resumía, muchas veces, un estado de alma de suyo indefinible. Hay en todos los sonetos de Rivera una especie de fuerza reprimida que parece luchar por romper el estrecho molde que la aprisiona. Eso les imprime dinamismo, y disimula la poca unidad interna que hay en algunos de ellos, hechos por partes, montando pieza sobre pieza, como en los mosaicos. El arte de Rivera es un momento de equilibrio entre Chocano y Valencia.

* * *

Porfirio Barba Jacob (seudónimo de Miguel Angel Osorio) nació en Santa Rosa de Osos en 1883 y murió en México, en 1942. Personalmente fue un sujeto desorbitado y trashumante. Desde el punto de vista literario, es uno de los poetas más auténticos que ha tenido Colombia. Su acento lírico es inconfundible. Por algunos conceptos pertenece al modernismo, y es muy visible en su obra la influencia de Darío; pero es, más que todo, un poeta universal, más allá del tiempo, como todo aquel que toma su propia angustia y su dolor personal para proyectarlos en escala infinita, depurados de todo lo anecdótico y contingente. Eso es Barba Jacob. Tiene acentos del *Eclesiastés*, y desolaciones dignas de Leopardi. En el fondo, no es un poeta sombrío, sino primaveral y matinal, pero ello mismo contribuye a destacar su grito desgarrado. Es como un ciprés entre rosales, o una carroza fúnebre abandonada en un jardín de ruiseñores. Su poema capital, la "Canción de la vida profunda" traduce una actitud eterna del hombre.

* * *

Poeta de diferente personalidad fue Aurelio Martínez Mutis, tan errabundo y desquiciado como Barba Jacob, pero hombre de rígida estructura moral. Nació en Bucaramanga, en 1884, y murió en París, en 1954. Muy joven se dio a conocer con "La Epo-

peya del Cóndor”, que ganó el primer premio en un concurso literario promovido por “Mundial” la Revista que dirigía en París Rubén Darío. Esta poesía marcó el rumbo posterior en la inspiración de Martínez Mutis, que escribió varias “epopeyas”, algunas de vasto aliento como “La Esfera Conquistada”. Sin duda tenía fuerza suficiente Martínez Mutis para esta clase de empresas, pero sus epopeyas caían en un ambiente espiritual bastante frío, casi hostil para lo declamatorio y heroico. No en vano el modernismo había cambiado la sensibilidad de estos pueblos, y no en vano el propio Darío había ensayado el poemático con sentido moderno, es decir, casi sin arrebatos, como puede verse en su “Canto a la Argentina”. Mejor suerte tuvo Martínez Mutis en sus poemas de inspiración nacional, verdaderos hijos del trópico, por la arrogancia y brillantez de las imágenes, y por el caudal de fantasía desplegados en ellos. Cantó al tabaco, si no con la misma técnica, sí con la misma emoción con que Gutiérrez González había cantado al maíz. Uno y otro se inspiraron en lo que pudiéramos llamar lo más nacional de su regionalismo.

* * *

Luis Carlos López nació en Cartagena, en 1880 y murió en la misma ciudad en 1950. El prestigio de este poeta crece día por día, dentro y fuera de Colombia. Ahora se reconoce plenamente cuanto hay de atrozmente veraz en algunos de sus cuadros y pinturas, que antes se tenían como esbozos caricaturescos, nada más. En medio de la profunda amargura y desencanto de su visión poética, encontramos, no solamente una descarnada realidad nacional, sino también tesoros de lirismo, pero de un lirismo oculto bajo el disfraz de la burla o el sarcasmo, que es una manera de disimular lo patéticamente humano de las emociones más profundas. Luis Carlos López, como un personaje de circo, llora en medio de los chistes que hacen reír a los demás. Es el filósofo de la mueca burlona, ya contemple al boticario del pueblo, o bien se enfrente al problema de la muerte. Vivió con la máscara puesta, para que su pobre rostro de hombre triste no sorprendiera a los compañeros de comparsa.

* * *

Eduardo Castillo nació en Bogotá, en 1889 y murió en la misma ciudad, en 1938. Fue hombre de múltiples lecturas y poeta de exquisita sensibilidad. Sus sonetos, principalmente, son joyas de pulcritud, diáfanos y emocionados, pero con una suave

y casi lánguida emoción de poeta a quien las cosas no hieren directamente, sino a través de un temperamento que filtra todas las experiencias y las convierte en simpatía por las cosas. La poesía de Castillo es aterciopelada, si se me permite la expresión. Del terciopelo tiene la suavidad y los fugaces tornasoles. Lector infatigable de los simbolistas franceses, logró asimilarse de éstos no solo la íntima melodía del verso sino la vaga sugerencia de las imágenes. Es siempre un poeta de tono menor, sin arrebatos líricos, pero deliciosamente confidencial. Nos consuela como una flauta que acompaña nuestro desvelo en la noche.

* * *

A la misma generación del Centenario pertenecieron varios otros poetas como Gregorio Castañeda Aragón, cantor del mar, en versos llenos de imágenes frescas e imprevistas; Miguel Rash Isla, que escribió sonetos de elegante erotismo; Angel María Céspedes, quien, a los diez y seis años de edad, escribió un formidable poema titulado "La juventud del Sol" que anunciaba, nada menos, que a un Víctor Hugo del trópico; Mario Carvajal, autor de clásicos sonetos de inspiración mística; Gilberto Garrido, muy depurado, como poeta de inquietudes metafísicas; Ricardo Nieto y Carlos Villafañe, cantores, por distintos aspectos, del Valle del Cauca, y algunos más.

* * *

Intencionalmente hemos dejado este último sitio para Julio Flórez, nacido en Chiquinquirá en 1867, y muerto en Usiacurí (Atlántico) en 1923. Indudablemente, Flórez ocupa un sitio aparte en la literatura colombiana, no porque su mérito sea excepcional, sino porque resulta inclasificable. Es un caso aislado. Entre romántico y modernista, impuso el predominio de su temperamento que, dígase lo que se quiera, era fuerte y muy definido. Hombre de escasa ilustración, sin complicaciones mentales, cultivó una poesía espontánea, acaso demasiado espontánea, con raíces populares y hasta folclóricas, pero sin calidad artística. Fue el bardo o trovador de motivos sentimentales fáciles, con acopio de todos los lugares comunes de la fantasía, pero, por eso mismo, muy apto para penetrar en el alma del pueblo, que encontró en él a su cantor por excelencia. Flórez abusó de esta prerrogativa, y cifró buena parte de su vanidad literaria en que sus versos fuesen cantados, al son de la guitarra, por campos y veredas. Solo en pocas ocasiones eleva el tono y escribe poemas

tan apreciables como “La Araña”, “Año Lírico”, “Los buscadores de Orquídeas” etc. Con todo, Flórez es toda una época, la época de la “Gruta Simbólica”, con sus vates improvisadores que alegraban las noches de una Santa Fe perezosa, que se despedía de su medio colonial para entrar en el siglo XX. Flórez simbolizó, por otra parte, la decadencia romántica en su afición por lo nocturno y fúnebre. Ha tenido, desde luego, la suerte de que su obra suscite siempre reñidas controversias, entre quienes le niegan todo valor, y quienes lo consideran como un auténtico poeta. De todos modos, perdura en la memoria de las gentes, aunque no sea sino por haber dicho: “Algo se muere en mí todos los días”.

* * *

Aún cuando algunos de los “centenaristas” murieron bien entrado el siglo XX, su obra pertenece a la centuria anterior, por las influencias que prevalecieron en ella, y por haber sido una de las últimas expresiones del modernismo. Hacia el año de 1925 se realiza, en Colombia, un cambio literario fundamental, que implica, en verdad, la presencia de un nuevo concepto de la poesía, y en general, de la literatura en todas sus ramas. La primera generación que lleva a efecto ese cambio es la llamada de “Los Nuevos” que renueva, por completo, los temas líricos y amplía considerablemente el radio de la expresión estética. Aparece, después, la generación llamada de “Piedra y Cielo”, que completa esa renovación y abre nuevos caminos líricos. Posteriormente, se multiplican las escuelas y los poetas, pero esto queda más allá de los límites que nos hemos fijado en esta reseña literaria.